

R^o 21.029.

N^o 10.184

**EL DISEÑO
ENTRE LA COMPETENCIA
Y LA REGULACION**

por ANTONIO FERNANDEZ ALBA

Los procesos que configuran el medio del hombre han actuado hasta nuestros días con una base eminentemente antropocéntrica. El proceso evolucionista que ha caracterizado el «Diseño del Entorno» (sus refugios y objetos de usos) han tenido una tendencia básicamente finalista. El hombre es el centro y, por tanto, la elaboración y construcción de su ambiente gira en torno a este DISEÑO ANTROPOCENTRICO. La cueva, en su sentido más primario de defensa, el símbolo, la función, el poder, la técnica, la expresión, el uso..., recorren un proceso finalista de racionalización.

En nuestros días esta visión centrada sobre el hombre y sus procesos de racionalización comienza a perder vigencia, porque la evidencia de los hechos acumula datos y conclusiones que lo invalidan en su raíz. En un trabajo reciente, T. Maldonado (1) recoge una cita de Adorno significativa de cuanto exponemos anteriormente... «Toda la cultura posterior a Auschwitz... es inmundicia.» Sin lugar a dudas, todo un proceso del diseño del crimen instrumentalizado por motivaciones racio-

(1) T. Maldonado, *La Speranza Progettualle*. Einaudi/1970.

nales al servicio de una cruel irracionalidad, reclama una meditación y obliga al pensamiento a un encuentro con la realidad, y con una «realidad comprometida», que nos pueda ir aclarando esa dualidad aún no resuelta, entre ley histórica y actividad humana. Pues resulta significativo que todo el proceso de este «Diseño Antropocéntrico» se halla realizado, en muchos de sus grandes apartados, al margen por completo de las incidencias humanas, intentándosele reducir a fenómenos no controlados ni explicados, como el proceso del arte, a concepciones fetichistas o de magia natural, o como sucede en los procesos contemporáneos, a objeto de un estudio científico, que trata de resolver los problemas de la firma con métodos similares a los utilizados por las técnicas sociales.

Sobre las escorias mitificadas o no de un proceso de diseño al servicio del hombre, se encubren aberraciones como las reseñadas por Adorno, genealogía clara en la historia de las ideas y punto de partida para una clarificación de fines y medios en el proceso del diseño que ha de afrontar nuestra época. Resulta ya inaceptable seguir configurando (dando forma) a procesos que, sobre unas supuestas bases antropológicas, marginan la función de estos procesos, destinados a traumatizar la conciencia moral de los hombres.

Afrontar cualquier análisis, por elemental que sea, sobre los aspectos del diseño en una sociedad competitiva, no debe iniciarse sin puntualizar ciertos símbolos, signos y acontecimientos de nuestro entorno vital, que adscritos a la «frialdad burguesa» y a una «cultura iluminista» están

favoreciendo una acción al proceso del diseño, representativo y caótico y con unas perspectivas poco halagadoras. En el fondo se perfilan unos mecanismos que tienden más a favorecer e instaurar con más fuerza la represión y el caos que a diagnosticarlo y programarlo sobre una constatación elocuente de este caos, mecanismos que parecen invalidar los principios del diseño.

«Es de esta constatación y, de otras similares, de las que se nutre el actual 'nihilismo político', inhóspito y turbulento. Cuando todas las hipotéticas salidas se muestran cerradas, la última tentativa que permanece es la violencia gratuita.»

Pero se hace necesario constatar «que este tipo de violencia, que la violencia que no forma parte de un plan, que no ha preestablecido su objetivo ni la modalidad para promoverlo, es siempre aleatoria. Es en definitiva improbable, extremadamente improbable, que una acción así, pueda por sí sola provocar un desmoronamiento de la estructura del poder».

Alguien podrá argumentar que las tesis de Maldonado se encuentran en la línea de pesimismo de los dos grandes viejos de Frankfurt: Adorno y Horkheimer, y que en el fondo paraliza una intervención política práctica, preámbulo previo para cualquier planteamiento problemático en el campo del diseño, dando siempre una prioridad a la acción. Pero no está aclarado aún de forma precisa que una instrumentalización del «cálculo» al servicio o en función de la violencia liberadora no pueda engendrar un proceso reversivo, porque en el «fondo es difícil de establecer con precisión la diferencia entre poner el cálculo al servicio de

la violencia y la violencia al servicio del cálculo. De esta ambigüedad ha surgido en un cierto sentido un concepto de diseño, en cuanto acción, que previamente presupone el cálculo» (2).

El ideologismo esquemático, que ha tratado siempre de escindir «la realidad existencial» y «la realidad política», ha formulado en el capitalismo más tardío una democracia de intereses, que amparados por formalismos «político-ideológicos», constituyen una auténtica Internacional del producto social bruto, y que debido sin duda a los cambios tecnológicos y a una elevada productividad del trabajo, puede conceder un tipo de salario creciente, una cantidad de mercancía creciente y como consecuencia una cantidad de consumo creciente. Esta formalización de lo que en alguna ocasión hemos llamado Diseño de Sistemas Crecientes, constituye una de las partes del sistema del capitalismo tardío, para controlar los intereses del capital en su conjunto, controlando incluso por medio de los grandes grupos y oligopolios el capital de Estado. En definitiva este proceso que tiende a encuadrarse en los procesos de estos Sistemas Crecientes controlan de forma básica las fuentes de Decisión y Producción, y por lo tanto todo el producto de planificación está en su poder. La idea, un tanto ingenua, mantenida por cierta literatura romántica de la tradicional espontaneidad del capital, y su indeterminismo metodológico, está totalmente superada en nuestros días.

«Marx en la «Miseria de la Filosofía» contra-

(2) T. Maldonado, *Op. cit.*

pone la división social del trabajo en la fábrica con la anarquía de la sociedad en su conjunto. Yo opino que esta contraposición hoy ya no es válida y que más bien dentro de la sociedad capitalista en su totalidad hoy, gracias a la standardización, y a la estadística social en su conjunto y a la nueva función asumida por el Estado, la tradicional espontaneidad del capital ha sido suprimida, aunque de forma contradictoria» (3).

El capitalismo tardío regula cada día con mayor precisión el proceso económico. Su capacidad de asimilación y de adaptación a las nuevas formas que requiere la presión social, está demostrando un dinamismo y una planificación para la estrategia, que hace que los aspectos primarios y secundarios del diseño (4), los factores que controlan las fuentes de Decisión y Producción, estén regulados precisamente por estas fuerzas. Los aspectos terciarios del diseño, es decir, aquellos factores que configuran la realidad desde los supuestos formales, ya sean estas configuraciones formales de Macrodiseño grandes planificaciones urbanas, regionales, territoriales, o configuraciones formales del Microdiseño, arquitectura, *Industrial Desing*, diseño-comunicación, o el vasto universo de diseños de objetos, vienen decididos por las coordenadas de actuación de los procesos primario y secundario del diseño, actuando una vez

(3) «Reflexiones sobre nuestro movimiento. Entrevista con R. Dutschke.» Notas Multicopiadas.

(4) La expresión factores Primarios y Secundarios refleja el poder de decisión que los determinantes político-económicos tienen sobre la forma.

más el ideologismo esquemático del capitalismo tardío que tiende a separar en círculos independientes, realidad existencial, y realidad política.

En la sociedad industrial moderna, el liberalismo económico, que argumentó durante tanto tiempo el principio del *laissez-faire*, ha dado paso a un «principio de regulación» acotando un campo tan elemental como esquemático: el binomio Producción-Consumo. Este principio, al menos desde una óptica del área capitalista, ha sido formulado bajo una programación irresponsable, y de su irresponsabilidad comienzan a dibujarse en el panorama de nuestro entorno postindustrial los primeros fenómenos de erosión del medio ambiente, producidos básicamente por el universo de «objetos artificiales» no controlados o controlados sistemáticamente para una destrucción programada. La ruptura del equilibrio ecológico está forzada sistemáticamente por un proceso productivo, con tendencia a ser inmolado en la congestión, de aquí la incapacidad que se ofrece para poder desarrollar el concepto de la Praxis Proyectual de forma coherente en la moderna sociedad tecnológica. El campo de actuación del diseñador, arquitecto, urbanista..., se hace cada vez más complejo frente a los procesos de causa y estructura de esta sociedad, mejor aún que las instituciones que controlan y dirigen y que no se reconocen en esa sociedad, pero que la planifican y determinan su medio habitable. Quizá la destrucción más grave, aunque no sea la más denunciada en la planificación dentro de la competencia, sea la destrucción de las fuentes básicas de

formación de los individuos (5), de las estructuras viables para poderse emancipar de ser objetos utilizados por los dominantes, de la incapacidad para poder crear auténticos catalizadores sociales que permanentemente actúen sobre la «falsa conciencia» de una planificación consumista.

La fuerza que como acción crítica y operativa puede manifestar hoy día el diseño o proyecto no puede estar involucrada, como lo hizo el primer racionalismo arquitectónico, en la búsqueda de unas imágenes formales a nivel universal, o de justificación como pretenden algunos pontífices de la ideología del consumo... que incluso justifican su riesgo intelectual al afirmar hipótesis como la de R. Banham, que clarifican una filosofía del diseño en estas proposiciones: «la estética de los bienes de consumo es la del arte popular. Es decir, una estética que se gastará velozmente como el producto y se olvidará rápidamente, una estética basada en las imágenes populares de poder, sexo y otras formas de emulación social, y una estética que sea sobre todo popular, que venda, que esté exactamente un escalón por encima del sueño común, en la frontera del sueño, que el dinero apenas puede comprar» (6).

Frontera difícil de precisar sobre todo si los niveles de esa pretendida popularidad están controlados y programados por las reglas del juego

(5) Al alto grado de especialización que la gran empresa requiere, se desarrolla en paralelo una disminución del conocimiento de los problemas generales y de su interpretación.

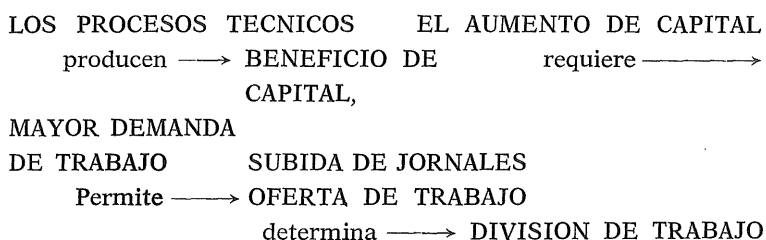
(6) Charles Jencks. «Pop, no pop.» *Architectural Association Quartely*, núm. 2.

de las instituciones existentes, aunque éstas vengán avaladas por las vanguardias de «élite cultural», aparentemente desmitificadoras.

La concepción unilateral que pretende darle al diseño su contenido desde una base conómica, política, erótica, tecnológica..., es un diseño en función de un mercado, o un diseño para crear un marco apropiado para desarrollar una ideología, política, tecnocrática... y que en el fondo está revelando esa falta de conexión con las leyes naturales del orden social. ¿Hasta qué punto este tipo de diseño no contribuye a enmascarar en una cultura de sucedáneo, y hasta dónde estas propuestas de actuación no están paralizando la dinámica de las formas de integración social? Muchos de los epifenómenos que ha favorecido las utopías tecnocráticas contemporáneas, no han hecho más que vulnerar los límites lógicos de la FORMA. La forma se ha hecho rentable, comercializable, consumible y se ha prostituido y encubierto su finalidad funcional.

Basta observar el totalitarismo de las «formas utópicas» o de algunas realizadas para entender el desprecio que el diseñador de determinados enclaves urbanos siente por el usuario de estos inmuebles ajeno por completo a la realidad del grupo social. El carácter individual del proceso de creación permanece aún relegado a unas estructuras básicamente artesanales, pese a todo el aparato desarrollado por las teorías interdisciplinares y de trabajo en equipo, requerido fundamentalmente por la división de trabajo que reclaman los complejos procesos tecnológicos, pero no existe entre los protagonistas de la escena am-

biental contemporánea, en lo que se refiere a la actividad del diseño, una conciencia del fin. En proceso de diseño, incluso en los centros de vanguardia más radicalizada, están regulados por la competencia y la lucha que de ella procede. La teoría de Smith en la interpretación de A. Lowe tiene un diagrama muy claro en este análisis que realizamos.



Esta división del trabajo no existía en el proceso creador a escala artesanal, donde el proceso de creación, producción y consumo se realizaba en un mismo ciclo; eran procesos contruidos sobre un círculo y sus efectos remotos eran interdependientes. En los procesos tecnológicos, y de forma más precisa en los procesos que favorece una tecnología del capitalismo más tardío, obedecen a una estructura pluridimensional, con un cambio constante de sus miembros, los efectos remotos son dependientes y cada situación requiere de una «instancia-clave» que le permita interpretar tanto el conjunto como los detalles. El proceso que reclama este Diseño de Regulación, en un proceso autoritario y centralizador, necesita la posibilidad del control inmediato en el conjunto, y del control mediato en los detalles. La forma

ya no expresa el uso singularizado de la función, su campo de acción se abre y se justifica a todos los niveles, en el fondo de la cuestión es un reducto fabricado en los cenáculos de las minorías culturales al servicio de la gran industria como intermediarios de los centros de producción y decisión de los *mass media*. Garantizado el consumo de forma, puede adquirir y debe adquirir el carácter de novedad, de garantizar un *standard*, promover el culto al obsoletismo, a la caducidad programada, al reto del cansancio de la forma (figuras 1 y 2. Ver pág. siguiente).

«La publicidad de la producción masiva determina toda nuestra manera de vivir: principios, fines, moral, aspiraciones y nivel de vida», comentan algunos de los grupos de vanguardia inglesa, todo lo que sucede en la historia humana podía ser diferente; la forma tiene muy escaso significado natural» (7). Un radicalismo utópico condiciona el trabajo de muchos diseñadores a la búsqueda de formas que respondan a fines inmediatos, el pensamiento descubridor al servicio del juego establecido. Se cambian aparentemente los títulos, pero el contenido es básicamente el mismo; «la estética maquinista», da paso a la «estética de lo prescindible», el «estilo visceral» al «erotismo mecanomórfico» «el expresionismo naturalista» «al realismo mágico» (8)..., esquema-

(7) «Pop, non Pop. Una interpretación de la reciente arquitectura inglesa». Cuadernos Summa. Nueva Visión, núm. 39, octubre 1969.

(8) Terminología muy usada por los grupos de vanguardia inglesa, Archigram. Group./Independent Group y Teóricos como R. Banham.

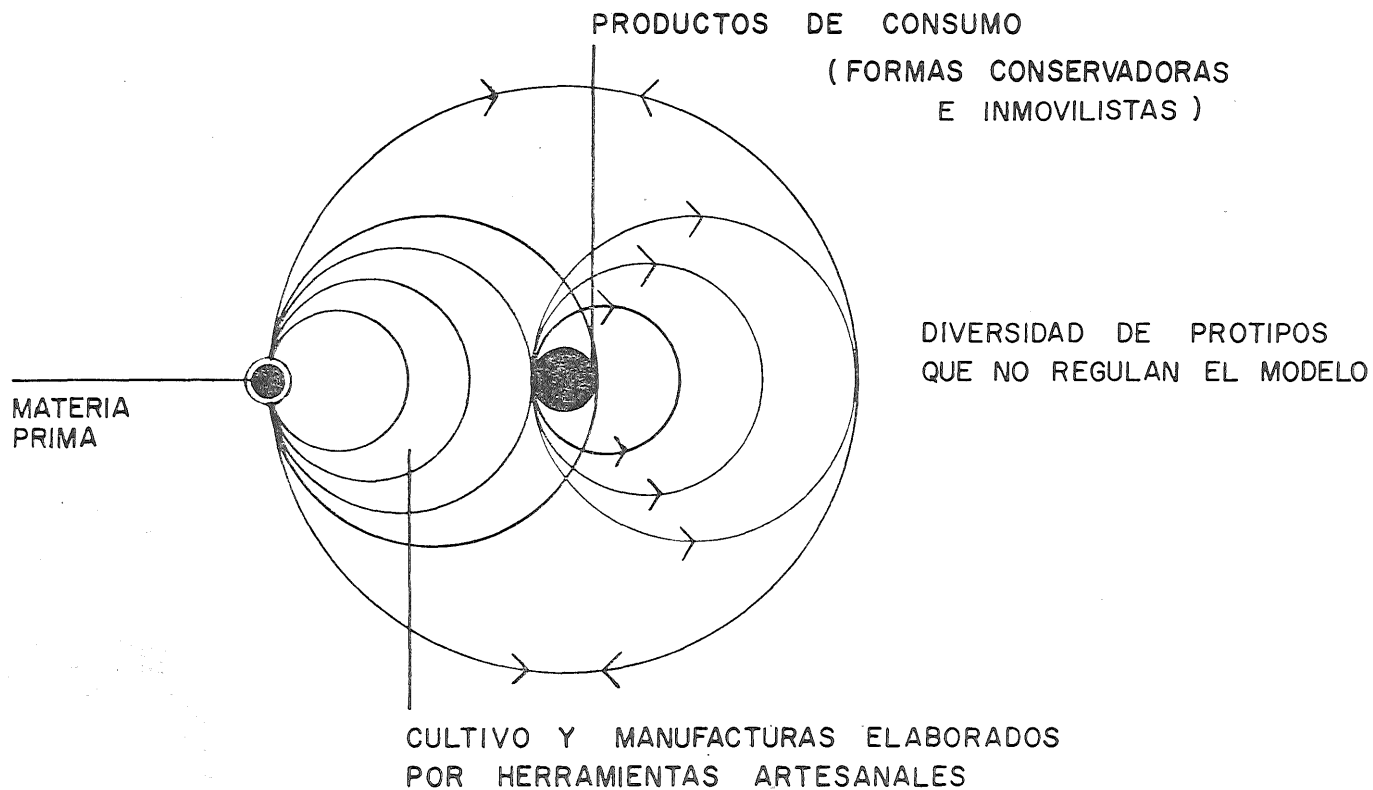


FIGURA 1

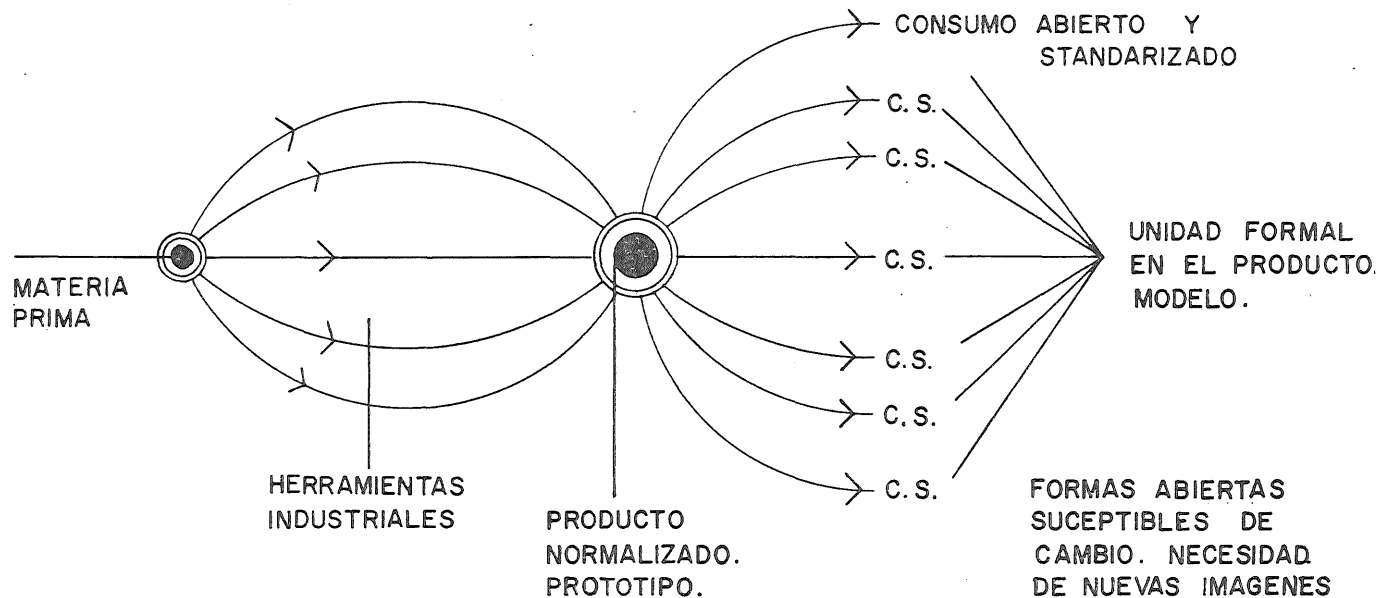


FIGURA 2

tismo literario apoyado unas veces en los supuestos de una sociedad equilibrada y culta, otras erotizadas y alienada, otras como revulsivo de las contradicciones que entraña, justificando a la vez el intento de denuncia declamatoria, cómicamente declamatoria, porque como señala alguno de sus críticos más consagrados (9), algunos de estos aspectos, «proporcionaron finalmente al mundo el equivalente visual de la alegría de jugar con una ciudad locomotriz, en movimiento y consumible en todas sus partes» (10).

Pero un diseño programado desde unos supuestos de lógica social no podría soportar el negocio de la forma que tratan de camuflar aspectos y realidades vitales de una vigencia abrumadora, por un oportunismo que se ampara en una especulación formal de «negotium gestio» el contenido ideológico de estas actividades técnicas, desarraigado de los procesos de la actividad social, en un proceso de diseño que tiende a marginarse en grupos elitistas, y que asume por un lado, todo el repertorio de sucedáneos que integran la literatura de consumo habitual, destruyendo el valor real del objeto y su verdadera función de uso. La proliferación del «objeto idolatría» programado y concienciado por las nuevas técnicas de la persuasión, favorecen en algunas circunstancias posibilidades de experimentación en el vasto campo del psico-diseño, pero no se debe olvidar que el primer rasgo del método pragmático es el empirismo» y este empirismo sin re-

(9) R. Banham, en «Pop, non Pop». Cuadernos Summa, Nueva Vision, núm. 39.

(10) R. Banham, *Op. cit.*

flexión conduce inevitablemente a una praxis pragmática.

...«Empirismo y racionalismo son simplemente rutas alternantes hacia el mismo destino. Ambas conducen a las ficciones requeridas por la clase dirigente. El método empírico es el método dominante en la ideología burguesa, ya que se presta por sí mismo para la demagogia requerida en un intento de engañar a la nueva clase obrera» (11).

La justificación que realiza cierto diseño de encuadre tecnocrático, valorando las decisiones prácticas, marginando los procesos teóricos, no es más que una confirmación del encuadre ideológico del diseño de la sociedad de consumo, dentro del método pragmático. «El método pragmático se inclina ante la práctica y desprecia la teoría, pero en su última instancia se convierte también en un ataque a la práctica» (12). En todo proceso real de conocimiento, teoría y práctica son aspecto biunívocos, uno y otro no pueden existir sin una reciprocidad lógica. La distorsión que se realiza desde unos supuestos de diseño empírico está justificada desde aquellos requerimientos que formula una clase concreta, la clase dirigente. Su incongruencia y su falacia estriba en la necesidad de proporcionar fórmulas de Apología y no formas de conocimiento.

En el campo de la prefabricación, tema argumentado como panacea para la resolución de los problemas de la vivienda, y que en las sociedades

(11) T. I. Wells, *El Pragmatismo, Filosofía del Imperialismo*. Ed. Platina. Buenos Aires, 1964.

(12) Wells, *Op. cit.*

en transición tiene una corriente de opinión muy favorable, encuadra de forma específica una ideología tecnocrática muy radicalizada, recoge de forma muy precisa estas fórmulas de apología... «Muchos países que aspiraban a un desarrollo rápido de la prefabricación han interrumpido sus esfuerzos en ese sentido... La prefabricación hasta ahora ha permitido una reducción en costos de apenas un 15 por 100 en los casos más favorables, frente al 50 por 100 que con bastante ligereza se publica...»

«¿A qué se debe entonces este súbito entusiasmo general por la prefabricación? Es un tema publicitario que sirve para disimular muchos problemas embarazosos. Porque hablar de asuntos técnicos es más 'objetivo' y menos comprometedor que plantear problemas económicos, políticos y legales» (13).

Una planificación, y por tanto un diseño que quiera incluir de forma real un proceso democrático, ha de situarlo en un plano extensivo, se ha de realizar utilizando las demandas múltiples de la base, decisiones económicas fundamentales, distribución de inversiones, tasas de interés..., pero «planear y proyectar requiere el conocimiento teórico basado en la experiencia social que incluya leyes generales necesarias para casos similares. Es ese tipo de conocimiento el que el pragmatismo condena» (14). Tanto la espontaneidad como el obsoletismo (15) son dos rasgos

(13) «Política y Diseño». Cuadernos de Summa. Nueva Visión, núm. 40, noviembre 1969.

(14) T. I. Wells, *Op. cit.*

(15) El tiempo de uso en la sociedad de consumo se acorta,

fundamentales dentro del marco del diseño de consumo. Ambos recogen una novedad completa, muy explotada por las corrientes «pop» y los movimientos encuadrados en la «estética de lo prescindible», el hecho de que se realicen cambios y transformaciones en un tiempo más rápido, que aparezcan cambios cualitativos y cuantitativos, no significa que se tenga que proceder a elaborar su diseño mediante conjeturas, pruebas, errores, improvisaciones e incongruencias, la estructura que ofrece un diseño integral es la de proceder por la predicción, la planificación y el proyecto. «Adivinen, no proyecten», parece ser el *slogan* de muchos intermediarios de la ideología consumista.

Estos rasgos que analizamos del «diseño-pragmático», amparados en el empirismo y espontaneidad, vienen secundados por una aptitud individualista, sincronizada en modalidades diversas; la experiencia individual es válida en el campo del diseño siempre que no esté marginada de la realidad social; la presión de las experiencias individuales, cuando son a expensas o al margen de la realidad social, degeneran en el individualismo, plataforma ideal que prepara la trama ideológica de la sociedad de consumo, favorece, sin duda, un experimentalismo sin comprobación alguna, permite, mediante el oportunismo de la conveniencia, una amalgama pseudocientífica. «El oportunismo es la toma de ventajas de oportunidades o circunstancias con poco o ningún

la forma se proyecta con un deseo de cambio, la cancerización del objeto es básica en estos procesos.

cuidado por los principios o consecuencias posteriores.» Es el empleo de cualquier medio únicamente si conduce a la obtención del fin deseado. Un medio es «bueno» si tiene éxito, si «opera»; malo, si falla, si no «actúa» (16).

Basta analizar los supuestos que adornan el diseño de la sociedad de consumo, en la mayor parte de la gama de sus productos, para poder comprender que su contexto no ofrece una realidad científica. La verdad en el mundo de la ciencia exige una correspondencia con la realidad objetiva, y se hace efectiva cuando refleja las cosas como realmente son. En la visión que el pragmatismo posee de la «verdad» está relacionada al proceso del éxito, está a merced de cualquier oportunidad que le conduzca al reconocimiento, justificación reclamada por el diseño de la ideología de consumo; cualquier medio es válido, siempre que nos lleve al fin previsto.

Nada nos puede extrañar que un diseño que favorece una conducta oportunista pueda llegar a formular la violencia encubierta o patente, la agresión provocada o comercializada, el erotismo mixtificado, la álineación como moral. El diseño abordado desde los supuestos de la ideología consumista ofrece una panorámica muy confusa, sin un análisis profundo; puede crear, y de hecho crea imágenes de cierto progresismo aparente. Amparado en su aparato empírico, justifica muchas veces su metafísica ideal como el diseño adscrito a las grandes utopías tecnocráticas. El individualismo de métodos y fines que utiliza provoca un dise-

(16) T. I. Wells, *Op. cit.*

ño unidireccional, no dialéctico y sin posibilidad de interconexiones a nivel epistemológico (17), ya que su encuentro científico es marginal y epidérmico. Su debate se centra en transformar los «sistemas de objetos» en «sistemas de productos». La espontaneidad y el hallazgo inmediato, muy peculiar de esta ideología, ofrece un proceso en el diseño de tipo apriorístico; esta tipología apriorística concuerda básicamente con su valoración empírica, operando de una forma platónica, estableciendo tipos y generalizando prototipos impuestos *a priori*. Proceso recurrente que está controlado por los grupos dirigentes que les permite realizar extrapolaciones ilegítimas, transformando la «novedad simbólica» en «novedad comunicativa», amalgamando el desorden propio de toda contingencia, y rebajando los niveles intelectuales a cotas que hagan asequible aceptar las tipologías formales como tipologías pragmáticas que garanticen las ventajas prácticas y útiles.

Finalmente, el oportunismo por la convivencia impide, desde su origen, la posibilidad de cambio. Las condiciones objetivas conducen a restringir y limitar el campo de improvisaciones. Al no existir una estructura de origen, el grado de oportunismo facilita la improvisación favoreciendo un tipo de diseño anticientífico y antisocial. Su capacidad de adaptación ha ramificado una serie de propuestas que lo hacen aún más difícil de diagnosticar. Favorecer un diseño que actúe

(17) Un conocimiento relacionado de todas las ciencias se hace imprescindible en el proceso de diseño. Ver nuestro ensayo «Hacia un diseño epistemológico», Conferencia pronunciada en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, Curso 1969/70.

de forma lógica, con claridad comunicativa y de una gran utilidad práctica son los principios adscritos al pensamiento positivista y que enlazan de una forma coherente con la mentalidad de ciertas concepciones populares, formulando así las premisas de un diseño lógico, un diseño semántico y un diseño práctico (18). Todos estos aspectos acotan el campo de actuación y la situación donde el diseñador debe trabajar en sus propuestas, aceptando en el término diseñador, no la terminología usual del arquitecto, urbanista o diseñador industrial, sino toda la gama de actividades profesionales que en un proyecto interdisciplinar trabajan en la configuración de nuestro entorno. Las limitaciones que le ofrece el campo de actuación de la sociedad de consumo tienen su origen en la filosofía pragmática, son rasgos generales del positivismo y el ilusionismo, que caracteriza la base de las ideologías burguesas y que con el desarrollo de la tecnología han iniciado la destrucción de la ecología social, implantando los derechos de una clase bajo las premisas de la utilidad, la conveniencia y la oportunidad.

1) Puntualizados algunos de los aspectos en los que la ideología del consumo puede incidir, y de hecho incide, sobre los procesos del diseño, cabe preguntarnos, reseñándolo a la actividad del diseño en nuestro país, si las imágenes que ofrecen desde el urbanismo al diseño de objetos, desde la arquitectura a las redes de infraestructura,

(18) La propaganda de productos en la sociedad de consumo tiene una serie de connotaciones semánticas a nivel popular y de una racionalidad aparente. Todo está calculado para el uso racional del objeto.

desde las planificaciones de modelos indicativos a las estrategias políticas de planes de hiperurbanización, son signos claros y evidentes de que el desarrollo nacional va camino de englobarse en la teoría y la práctica de la ideología del consumo, pueden estos signos evidenciar una auténtica crisis de inclusión en nuestro país, en el ámbito y dominio de las llamadas sociedades de consumo.

Dentro de lo problemático que resulta estructurar las diversas tendencias que se ofrecen en el panorama de nuestro entorno nacional, en cuanto a problemas de diseño se refiere, se pueden perfilar algunas acotaciones orientativas de estas tendencias que reflejan, a modo de diagnósticos, ciertos signos que indudablemente están formulando las premisas de un entorno, inédito en muchos de sus apartados. Unos factores de crecimiento que en algunos de sus apartados se anuncian alarmantes por la escasa base para ser soportados por la sociedad, no evolucionada política ni culturalmente en el grado que otras naciones situadas en las cotas del llamado desarrollo político-económico. La capacidad para programar el cambio y para controlar las relaciones entre sus elementos no ofrece, por el momento, unos cuadros que puedan afrontar de forma coherente los niveles de decisión. Inevitablemente hay que extrapolar el crecimiento económico a las estructuras del proceso político, aunque no conviene olvidar que en las sociedades modernas la autonomía que ofrecía antes el Estado se hace cada vez menor, y los controles de decisión económica, desarrollo económico y poder se amalgaman, for-

mándose grandes organizaciones que son a la vez políticas y económicas. De aquí que resulte tan difícil separar en los procesos de diseño su implicación política.

El poder de integración, de manipulación, control y agresión que disponen las sociedades modernas frente al individuo no lo realizan por apartados sectoriales, como lo hacía el primer industrialismo, explotando al hombre en el trabajo. La moderna sociedad ataca el conjunto de toda su personalidad y de todo su tiempo vital, circunstancias que han movilizado aquellos sectores más sensibles y con mayor posibilidad de cambio, como la juventud (19), para no dejarse manipular por esa pseudo-racionalidad tecnocrática. Resulta imposible abordar los términos del diseño, marginándolo de su compromiso político por una razón simple: porque el «conocimiento» en las sociedades modernas es una auténtica fuerza productiva, y estas fuerzas productivas o se orientan de forma progresiva y dinámica o, por el contrario, se suman a las fuerzas coercitivas, alienantes y de la sociedad de grupos.

El diseño, en su sentido más estricto, no puede marginarse de la función social del conocimiento, y de hecho su actividad, sus técnicas y procesos están ya implicados en la configuración de la vida urbana y coaccionados por la mecánica del consumo. Dos corrientes pueden observarse de forma muy precisa en el panorama nacional y

(19) Sobre estas consideraciones es interesante reseñar el trabajo de Alain Touraine. *La Sociedad Postindustrial*. Ed. Ariel. Barcelona, 1969.

que encuadran estos procesos que anteriormente analizamos.

El diseño que pudiéramos adscribirlo a un concepto de «Diseño-Ideología», y un «Diseño» que en sus cometidos más generales aborda los temas de demandas de lo que podría incluirse como «Diseño-Concurrencia». En el primer apartado se perfilan las orientaciones críticas más destacadas en los movimientos estudiantiles, sus crisis y conflictos, parte de los centros universitarios más relacionados con el estudio de las ciencias sociales o de las ciencias exactas. Los profesionales que trabajan en el campo del *Industrial Dessing* (20) apenas tienen participación global, es un trabajo adscrito al mecanismo de mercado y sus propuestas críticas están más encuadradas en el diseño-concurrencia, recogiendo en sus propuestas la crisis de los valores formales.

2) Diseño comprometido en las responsabilidades sociales del conocimiento. No dispone, por el momento, de unos mecanismos que puedan formular un modelo en su base, ni lo desean ni lo pueden configurar. Su acción va determinada a la conquista o control de las fuentes de decisión, dirigido por grupos sociales que tratan de estimular y favorecer un cambio social. La individualidad es marginada como motor de liderazgo; su acción va contra la rigidez de las instituciones, contra el mundo tecnocrático, que en nuestro país comienza a ser desmitificado, al irse

(20) Por el momento no existe ninguna Escuela o Facultad de Diseño. Solamente en Barcelona, a título privado, existen algunos Centros que inician estas actividades pedagógicas.

clarificando los verdaderos valores de la tecnocracia.

Estos grupos ven la transformación, la función y el uso de la universidad como un factor que garantice una evolución social general, tanto por la aplicación de los avances de las ciencias de la Naturaleza como por los nuevos descubrimientos en las ciencias del hombre, la universidad como escalafón de una nueva clase. Su oposición no apunta tanto a la organización de métodos y procedimientos de estudio, sino más bien a un frente generalizador contra la sociedad. Sus postulados se programan desde supuestos de acción encuadrados en una dialéctica de la violencia a la dialéctica del escándalo. La contestación permanente, el paro académico, la inercia productiva, son síntomas claros de este fenómeno de acción relacionado con las obligaciones sociales. Es una preparación de concienciación ideológica que permitirá en el futuro formular modelos. En algunos de sus cometidos aparecen desviaciones utópicas que les llevan en algunos aspectos hacia diseños proféticos, comprometidos por deseos de justicia y libertad. Su compromiso político ha promovido unas imágenes de acción sociológica que ya se ofrecen instauradas en la realidad social de nuestra sociedad.

Pese a la dinámica que en sus últimas etapas ha generado el capitalismo tardío, asistimos a la crisis de una cultura, la burguesa, que no puede asimilar en sus estructuras los nuevos procesos de las transformaciones sociales. Esta crisis se hace más patente en sectores como la arquitectura, que, por su naturaleza de origen liberal y

aristocrático, se acerca a estos problemas desde sectores periféricos. Un diseño ambivalente se abre paso tanto a nivel ideológico como en su ejecutoria profesional. En el primer aspecto se trata de revitalizar o controlar las instituciones profesionales tradicionales, colegios de arquitectos o instituciones corporativas profesionales (21), para acentuar sus contradicciones y poder instrumentalizar estas instituciones de acuerdo con las demandas actualizadas.

Estas instituciones poseen una «estructura caracterológica» que impiden asimilar cualquier intento de renovación. Es una lucha de una operatividad dudosa la entablada por los grupos jóvenes de arquitectos, que intentan programar desde estos supuestos de corrección unas premisas de acción. Los nuevos programas y las necesidades nuevas necesitan estructurar sus propios mecanismos, que se aproximan más como camino válido en la autonomía de «grupos de acción», que postulan los movimientos estudiantiles mundiales (22), que en la concentración gremial, de una profesión que tendrá que ser atomizada en una división de trabajo si quiere subsistir. El hombre nuevo que se perfila se encamina más hacia una determinación libre de partido, ideología o enajenación controlada, en definitiva hacia un diseño que aspira a una «organización autónoma».

En la actividad profesional de las «élites cul-

(21) Sobre estas consideraciones, ver el escrito de un grupo de profesionales. C. O. A. M., 1970.—V. de Castro, Leira, Solana, Moneo, Mangada.

(22) R. Dutschke, *Op. cit.*

turales» aparece la crisis con mayor coherencia, al estar marginadas de la realidad sin una conexión operativa, para haber podido hacer válidos sus postulados formales e ideológicos en su tiempo histórico, siguen un itinerario de proscritos. «Contestados» por las jóvenes generaciones y marginados por el poder establecido, tratan de llevar adelante un diseño ambivalente, amparado en las modificaciones históricas de la realidad.

Una falta de tradición arquitectónica de rigor en nuestro país y una frustración teórico-práctica después de 1936, han hecho del autodidactismo la escuela de estas minorías. Los bajos niveles culturales de que adolece el arquitecto en su período de formación (23) crean ciertos grados de narcisismo de grupo en estas minorías, polarizando sobre simples y correctos ejercicios profesionales, mitificaciones algunas veces desorbitadas. La hostilidad, por otra parte, de la cultura establecida para favorecer un mínimo de reconocimientos sobre estos profesionales, ha creado una conciencia de frustración, aleatoria de la crisis de una profesión, que, por otra parte, no tiene opción en la dinámica social de nuestros días.

Su diseño recoge aspectos teóricos y prácticos de la realidad cultural de nuestros días, superado el período de ilustración racionalista y de la introducción de las corrientes culturales europeas. Estas minorías siguen aportando los modelos de la iniciativa mundial en sus diferentes vertientes, relación entre un edificio y su ambien-

(23) Ver nuestro trabajo «Situación actual y problemas culturales del Arquitecto en España». Zodiac 15. Ed. Comunita.

te, expresión a nivel de lenguaje arquitectónico, funcionalismo y grado de confort, regionalismo, materiales de construcción, necesidades psicológicas y ambientales y contemporización. La perfección neoplatónica que se intentaba en la década de los 50 ha dado paso a un expresionismo lingüístico, justificado a veces con argumentaciones culturales, que no pocas veces no hacen más que reseñar el grado de veleidad de algunas de estas propuestas arquitectónicas, «arquitectura de capricho», con aciertos formales donde quizás algunas veces la anécdota posee más valor que el rigor (24).

De las propuestas de estas minorías en el campo de la arquitectura no ha quedado apenas nada que pueda justificar su acción, salvo su marginación en todos los frentes de colaborar a la corrupción formal y especuladora del país, el funcionalismo, el racionalismo, fueron corrientes que se destacaron sobre los otros movimientos arquitectónicos en las décadas del 50-60 y del 60-70, y pronto fueron asimiladas por las corrientes especulativas, que en el campo de la construcción abrirían las puertas al *slogans* «España, sociedad de consumo».

Un consumo grosero y sin unas mínimas reglas de juego, ni siquiera a nivel de mercado, la vivienda, la parcelación de los alrededores de las ciudades, la ocupación del terreno en costas, etcétera, son signos claros de la tarea protagoniza-

(24) Resulta oportuna la reseña de Oriol Bohigas «Hacia una arquitectura no adjetivada» y J. D. Fullaondo «La Escuela de Madrid. Arquitectura y Nueva Forma».

da por los mercaderes de esta «Sociedad de consumo». Su meta es hacer del país un mercado barato, que ha marginado, incluso a nivel connotativo, la posibilidad de entender otros signos de mayor validez. La vivienda social dispone de una tipología clara en sus detalles arquitectónicos, en el uso de los materiales, en la distribución de funciones. La vivienda de lujo, la residencia secundaria, etc., responden a una tipología de mercado, según el status social a que va dirigido, y así ofrecerá más metros de parcela, más verde, más sol, más privacidad.

El arquitecto era, y por el momento sigue siendo, la pieza más ligada a todo el «boom de la especulación», desde la vivienda urbana hasta la inflación del turismo. Situado como un intermediario en manos de un capital tan burdo en sus cometidos, como lo ha sido el capital español de estos años, que busca el máximo beneficio (criterio y principio que ni siquiera pertenece a un consumo planificado) con el mínimo costo. Esta máxima ha garantizado un diseño de la peor calidad, que hace de las inversiones realizadas un negocio en franca degeneración, diseño que para nada ha tenido en cuenta la satisfacción de las necesidades mínimas de la vivienda o del ocio planificado. Existe un hecho muy significativo a la hora de evaluar las aportaciones de los arquitectos y diseñadores que han colaborado en este tipo de inversiones. Pertenece a la opinión pública el que son los sectores más denigrados y prostituidos de la picaresca técnica, y que serán muy raras (por no reseñar de nulas) las aportaciones de los profesionales más destacados, hecho muy significa-

tivo, que señala la imposibilidad de afrontar los temas del diseño desde unos supuestos tan mezquinos como los planteados por los grupos de especuladores. La arquitectura y el urbanismo de la inflación han recogido unos modelos internacionales, afines con el lenguaje y temática a la que sirven, pero reproducidos en caricatura por la falta de estructura económica y cultural.

El encuentro ciudad-campo no puede tener unos niveles más mediocres de creatividad. El usuario de la residencia secundaria, del apartamento turístico, de la vivienda como símbolo de su *status*, es un mero consumidor sin estímulos creadores ni críticos, asume el producto siempre que esté de la connotación «formal-simbólica» de lo que compra. Resulta oportuno significar cómo fenómenos no controlados, como el turismo, han contribuido a crear una confusión mayor en el marco del diseño-ambiente. La llegada a nuestro país de las corrientes turísticas informaron de una serie de símbolos y signos comercializables, que pronto fueron asimilados por los diseñadores-intermediarios, formulando un tipo de construcciones y de conjuntos con una imagen tan elocuentemente falsa como todo el itinerario formal de nuestras costas, donde las formas arquitectónico-urbanistas no responden a la realidad cultural, social y económica de que se le invite a sus usuarios. Esta distorsión crea un defecto de origen grave, ya que adultera el entorno con unas formas de vida falsas, tanto para los que las usan como para aquellos que conviven en un entorno de forma habitual; a los habitantes de la región a través de estos modos de vida se les incapacita

para poder tener una auténtica posibilidad de comprensión, de cuáles son los verdaderos usos de una planificación satisfactoria.

Con este deterioro mental cuenta la ideología de consumo, y cuenta como dato de sus inversiones. La gama publicitaria que a diario se puede observar en prensa indica la capacidad de deterioro y sumisión a que es sometido el usuario, dañada la sensibilidad, atrofiado el sentido crítico, la capacidad de creación del usuario es nula y el producto puede ser valorado en sus periféricos datos simbólicos; es vendible y basta, porque lo que se compra es el «símbolo» vacío de una realidad.

Esta falta de planificación, de proyecto, de método lleva a un despilfarro de recursos, a unos programas de inversión a nivel comercial de tipo minifundístico, requiriendo así del diseño una degradación constante de formas y realidades. La vivienda burguesa responde a un programa idéntico a la vivienda social. Esta terminología paternalista de adjetivar a la vivienda como social no responde en última instancia más que a camuflar la degradación sistemática de la vivienda burguesa, en una imagen comercial de vender el mismo programa de signos con una áreas más reducidas, unos materiales de inferior costo y una construcción de inferior calidad (los fraudes de las inmobiliarias-constructoras son un dato importante en la componente corruptora del diseño habitacional en nuestro país) y una evaluación más de la injustificación de la expresión «sociedad de consumo». La existencia de unos grupos de mercaderes improvisados, con una estructura anár-

quica incoherente y con una improvisación económica y cultural, a todas luces inoperante, no señala con claridad la existencia de una «sociedad de consumo» en España.

Una «sociedad de consumo» con los riesgos que más adelante comentaremos requiere de unos niveles culturales, económicos, datos que por el momento faltan en nuestro país.

¿Cabe otra respuesta a una arquitectura requerida por unos clientes que provienen de un *status* liberal mercantilista o industrial de matiz básicamente individualista? No parece, por el momento, que pueda tener otra salida. Son propuestas de un diseño arquitectónico que aceptan las actuales condiciones que imponen el programa; las limitaciones económicas y funcionales tratan de revitalizar el tradicional y desacreditado principio arquitectónico, según el cual «los edificios logran un efecto simbólico por medios figurativos más que por procedimientos abstractos» (25). Y esta máxima cobra valor hasta en las promociones más jóvenes, aunque sus justificaciones vengan aliadas de un alfabeto tecnológico o de un compromiso emocional con los procesos de normalización y standarización. Una historia corta y breve de un fragmento de la realidad arquitectónica de nuestro país, que a veces se suele reseñar como panorámica generalizadora, pero que en realidad no ilustra nada más que una parte muy breve del discurso arquitectónico, en un país erosionado por un diseño ambiental con grandes

(25) A. M. Stern, *Nuevo camino de la arquitectura norteamericana*. Edit. Blume. Barcelona.

fraudes y a la expectativa de usurpar el paisaje que aún queda por desarrollar.

Frente a las propuestas del diseño que trabaja sobre la forma como valor simbólico, aparece una nueva tendencia que intenta revitalizar la forma desde una valoración abstracta, intentando introducir la investigación como complemento del diseño. Estos grupos que responden en su estructura a una nueva «élite cultural», amparada por las corrientes en boga del maximalismo de las metodologías, intenta investigar tanto informal como formalmente nuevos procesos, una mayor acumulación de datos que hagan más perceptible la realidad. Los primeros esfuerzos han ido dirigidos a promocionar una contestación triunfalista de la metodología, esfuerzos válidos en algunos casos, pues han puesto en crisis los valores permanentes de la forma y han sugerido nuevas expectativas de trabajo (26).

Es un diseño de componente unidireccional, tanto en su pensamiento como expresión de una tentativa en algunos de sus cometidos de auténtica subestimación; la subestimación, como la definido L. W. Heinis, «es la optimización de una parte de la organización a expensas del todo», y esta optimización ha generalizado cuestiones en algunas ocasiones de un grado de frivolidad, que desembocan en un cierto terrorismo tecnológico. La liturgia y culto de alguno de estos sectores,

(26) Reseñando *L'Ordinateur et la Créativité. Architecture-Peinture*. Trabajos recopilados por el Centro de Cálculo de la Universidad de Madrid y los trabajos de Margarit Buxade de la E. de Arquitectura de Barcelona, ambos de indudable interés.

que critican a los defensores de los valores simbólicos de la forma, se vuelve contra sí mismos al reconocer los mismos ritos de exclusivismo cientifista y justificar como panacea los resultados de sus experimentos.

En el campo de la enseñanza, al no existir Escuelas de Diseño en nuestro país, la orientación pedagógica queda relegada a las Escuelas de Arquitectura, centros que, como las instituciones gremiales profesionales, permanecen marginadas de la realidad y de las necesidades de un diseño comprometido con su situación histórica. La estructura burocrática e ideológica que las anima imposibilita la incorporación de mecanismos eficaces para su actualización.

Los sectores del profesorado más joven intentan, en calidad de minorías, introducir una panorámica del mundo real por medio de análisis de la realidad, incorporación de nuevas técnicas del conocimiento, pero la demanda de un tipo determinado de profesionales margina, cuando no excluye, este tipo de orientación. La realidad pedagógica va más orientada hacia el modelo que pretende reducir los niveles del conocimiento y orientarlos hacia una configuración pedagógica de tipo burocrático industrial.

Frente al liberalismo pedagógico que caracterizó una gran época de la enseñanza de arquitectura, con la imagen de una bohemia inoperante, fue secundado más tarde por el binomio artista-técnico, que disoció la personalidad del arquitecto en un híbrido extraño, lanzando a un gran número de profesionales a la inercia más inoperante. Esta inoperancia ha desarrollado una corriente

de eficacia productiva que requiere unos técnicos que estén al servicio de la sociedad industrial. La idea creadora hoy se somete a juicio, se la sitúa a nivel de rentabilidad. Qué tiempo se necesita para formar un técnico y cuál ha de ser su rendimiento, cuántos los conocimientos que debe impartir, la pedagogía, el método didáctico, se transforma en una cadena de intereses controlados.

El poder «técnico-burocrático» viene a ser como una determinante de tipo universal, que condiciona la producción cultural de la masa; este condicionamiento repercute en la dinámica pedagógica, que busca unos cauces más de organización racional que de invención, una tendencia al anonimato más que una valorización de la personalidad creadora, circunstancias éstas que, al ser abordadas por planos incoherentes de enseñanza, se traducen en lamentables e inoperantes situaciones, donde ramplonas formas burocráticas-pedagógicas son la única salida que posee el «poder cultural» para intentar suplir la falta de organización racional de la producción.

El alumno de arquitectura trabaja casi a nivel inconsciente en una lucha sorda para vencer la contradicción de sus estructuras burocráticas-estandarización y la originalidad, es decir, la búsqueda de canales válidos para poder transformar los «arquetipos» en «estereotipos», cometido de singular compromiso profesional y valoración auténticamente creadora, que ha señalado siempre a los auténticos maestros de la arquitectura. Las relaciones «invención-estandarización» están requeridas en nuestra actual situación por dos polos

cuyo cometido final parece ser el mismo, garantizar el máximo consumo.

Sistema de grupos privados	Busca el máximo beneficio. Diseño que tiende a máximo consumo. Complacer a consumidor.
-----------------------------------	--



Tendencia más vital.

Busca el máximo interés político ideológico.



Sistema de estado	Diseño que trata de educar y convencer.
--------------------------	---



Tendencia a la monotonía.

En esta contradicción tan amplia la posibilidad de educación que el alumno puede adquirir es presa de autodidactismo, sin una capacidad de fijación y con un recorrido aparatosamente superficial sobre esquemas, tendencias, ideologías, compromisos, marginando una realidad profesional que no se manifiesta clara y que no ofrece un esquema coherente donde poder realizarse, los términos del conflicto lo aclara la conducta de sistemas que el alumno como grupo ofrece, inconsciente en su estructura, aglutinado por actitudes emocionales, actúa con la estrategia del adolescente en una lucha donde los postulados no pueden ser más convincentes.

Diseño de Concurrencia.

Quizá sea en este apartado el que sin lugar a dudas configura de forma más precisa la realidad ambiental, y es donde mejor puede realizar su capacidad experimental el diseñador. En la moderna empresa industrial el poder de influencia sobre el cliente es decisivo, la hegemonía del cliente es destruida por los medios de promoción que la empresa posee. El binomio oferta-demanda delimita el marco de actuación. Si a esto unimos las relaciones del Estado moderno con las grandes empresas o al Estado como empresa única, se podrá obtener el campo de decisiones que al diseñador se le ofrece y en cuanto al usuario entra de lleno en el territorio de la economía de mercado. «El individuo con mayor sentido del individualismo, que proviene precisamente de la sociedad industrial, se manifiesta contra la organización y la burocracia a la que debe servir. Se encuentra opuesto al orden establecido por esa sociedad, a sus creencias, a sus metas, a sus convicciones; en una palabra, que el mando político y social sean prerrogativas naturales del éxito económico.

La organización industrial, con su sentido del orden y de la disciplina, su necesidad de subordinar las manifestaciones personales a las creencias burocráticas y su afán de medir el éxito en términos pecuniarios, reacciona con sorpresa e indignación. Y a la organización no se le ocurre decir otra cosa que esto es la anarquía voluntaria. En una sociedad en que el individuo fuera el soberano no se produciría ese conflicto, pero allí

donde domina la organización, con todos sus condicionamientos y su abrumadora racionalidad, el conflicto es más probable, es seguro» (27).

El conflicto surge a nivel de proyecto, el diseño que se puede realizar está acotado en un campo de decisiones mínimo, sus presupuestos obedecen a hacer realidad al objeto como proceso de comunicación entre la conveniencia de la industria y el consumidor. El diseño se convierte en un intermediario, en un «hombre síntesis» que canaliza las demandas de la realidad y debe transformarlas según los principios de la gran industria. Una cultura de sucedáneo aparece referida a cualquier planteamiento de innovación creadora. La capacidad burocratizada del intermediario en la sociedad moderna nunca coincide con la actividad creadora. Esta debe estar condicionada a los procesos del desarrollo de la empresa, a su dialéctica económica. Una legislación de competencia controla los «principios económicos», frente a una estructura ecológica, el control de mercado, su diseño y su destino en manos de la hegemonía económica.

Cierta reacción ya incipiente se alza sobre los conceptos falsos de desarrollo y progreso técnico, al menos del desarrollo y progreso técnico sectorial y agresivo en sus fórmulas de indiferencia social (28). La capacidad de poder absorber el ciclo

(27) J. K. Galbraith, *Las implicaciones del nuevo estado industrial*. Conferencia publicada por la Asociación para el Progreso de la Empresa. Madrid 1969.

(28) La sociedad competitiva margina continuamente los procesos de investigación al margen de su propia dinámica. La Bauhaus, Ulm... son ejemplos típicos de estos procesos.

«producción-eliminación», que comienza a ser más grave en áreas de metrópolis concentradas, la dificultad para eliminar los productos dirigidos de estos mercados sectoriales. Los elementos básicos de nuestro medio, aire, agua, suelo, en sus apartados naturales y el paisaje artificial en los medios urbanos transformados, ya comienzan a ser insoportables por la congestión de productos y su incapacidad para promocionar nuevas fórmulas hacia un diseño que pueda controlar todos sus ciclos, los procesos de control, planificación y proyecto son marginados, las respuestas que se pueden formular desde una estructura no incitan a la esperanza. El diseño y el campo del diseñador desde una gestión de la forma tiene poca vigencia, su estrategia debe partir de conceptos de estructura. Una estrategia elaborada en los orígenes y apoyada por todas las fuerzas que luchan en la sociedad moderna, por transformar el paisaje en un entorno básicamente habitable, para el hombre nuevo que se anuncia. De aquí que muchos de sus esfuerzos deberán estar orientados más que en confundir con imágenes de sucedáneos formales, dando culto al fetichismo del objeto, en coordinar desde unos procesos planificados el verdadero discurso del proyecto, su denuncia, su crisis y la auténtica dimensión que el diseño encierra.

3

La crisis que proviene de unos parámetros universales, en nuestro país ha sorprendido el proceso del diseño en unas circunstancias propias de

un proceso de desarrollo formulado a saltos. Con vacíos económicos, sociales y políticos, sin el tiempo histórico necesario y junto a la gama de arbitrariedades que toda cultura de sucedáneo lleva consigo. En el campo específico del diseño industrial, fenómeno muy ligado a todo desarrollo industrial, económico y cultural de nuestro país, ha sido desarrollado —como en el campo de la arquitectura por grupos minoritarios, «élites culturales» marginadas— en un proceso complejo como lo es el de la industria moderna. La especialización, los niveles de investigación, la promoción de prototipos, la formación de los diseñadores, ha estado en función de la autarquía económica. La estética de vanguardia y sus relaciones con la realidad industrial y económica no ha tenido mucho que ver, la mentalidad y la actitud empresarial por la renovación de la imagen ha surgido de forma improvisada en la estrategia del capitalismo tardío español, y es muy a última instancia cuando se ha iniciado los nuevos métodos de gestión, las nuevas técnicas de publicidad, las nuevas estrategias de venta, abriendo un campo a la nueva imagen de acuerdo con las premisas básicas de la sociedad de consumo.

Es sin duda en este campo donde nuestro país ha cambiado el paisaje formal, el producto adquiere calidad por su mecanismo de competencia, pero existe una disociación en la familia de «objetos-producto», porque en su base más operativa de diseño responden a un diseño del «objeto-símbolo», su carácter emblemático el concepto de «signo-emblema», que refleja el producto, es el que lo inscribe en el área de la decoración, el «es-

timulante *décor* contribuye a la farsa pseudocomunicativa de la época en que vivimos» (29). De aquí que los movimientos más entroncados con el pop-art, la decoración de interiores, la arquitectura que en ciertos aspectos se acerca al «realismo-mágico», la «estética de la caducidad», etc., soporta con más agilidad comercial y mayores requerimientos a este tipo de diseño, porque barre un sector importante de las nuevas generaciones, la juventud es uno de los campos de consumo más elocuentes. Y la industria cultural de nuestra sociedad se ha encargado de señalar de forma bien patente que cada generación está convencida de sus propias relaciones, entre forma y contenido (30).

Y estas relaciones de forma y contenido están muy mezcladas en la sociedad de consumo. La «Utopía en Acción» que revelan algunas de estas imágenes y que se formalizan de manera más patente en los presupuestos revolucionarios de la juventud, pero que actúan con una incertidumbre de objetivo «por la anemia racional con que afronta la prueba de la concreción, está condenada anticipadamente a la falta de acontecimiento; en otras palabras: El paraíso que la utopía promete es ya desde el origen un paraíso perdido» y creemos que no es por «la integridad intelectual, per-

(29) T. Maldonado, *Op. cit.*

(30) Es muy significativo el movimiento catalán, radicado en Barcelona, que ha manifestado su explosión consumista en los diversos campos culturales, cine, literatura, interiores, prensa gráfica, arquitectura, obedeciendo a una dinámica de la burguesía industrial, que no tiene parangón con el resto de las zonas industriales, solamente Madrid, pero en grado muy inferior.

sonal o política de estos hombres, sino por la debilidad instrumental, y por tanto operativa, del modelo de comportamiento que dirige sus acciones» (31). La habilidad de la gran industria, del poder económico es su capacidad de transformar la «racionalidad ideológica» y la «racionalidad aplicada» en «racionalidad productiva», desvirtuar y desentrañar los problemas entre forma y contenido no creemos que sea por el momento sólo tarea para los psicolingüistas, entendemos que es una dedicación revolucionaria.

En el campo de diseño arquitectónico y urbanístico los problemas se ofrecen en planos más descarados, el producto puede ser denigrado y adulterado si su fin económico se logra, si su finalidad de lucro permanece, y aunque el supuesto parezca grosero por su generalidad, nos acercamos hacia un Diseño de Sistemas Crecientes, que favorecen imágenes dentro de este contexto ideológico, básicamente mercantilista.

Las dos décadas del urbanismo en nuestro país 45-55 y 55-65 se caracterizaron de una forma general por una planificación y diseño de matiz eminentemente capitalista, donde la utilización de las contradicciones básicas genera un tipo de modelos, impuestos al mercado, su campo es lento sólo en sus últimos períodos donde agotado cierto tipo de mercado se intentó promocionar nuevos modelos en el deseo de renovar la imagen. El diseño que se suscitará en los próximos años y que favorecerá la intervención económica del Estado, que actúa como potencia económica, en colaboración

(31) T. Maldonado, *Op. cit.*

con la iniciativa privada, los promotores y el capital financiero, ha de ser un diseño que podamos encuadrar en una terminología provisional de Diseño de Sistemas Crecientes.

Un diseño que aspira a una organización proteccionista, diseño favorecido por el capital de Estado y que tratará de formular desde sus instrumentos burocráticos administrativos, Ministerio de la Vivienda, Instituto Nacional de la Vivienda, unas operaciones de acción global en materia de política urbana, pero que, por ser instrumentos de una estructura caracterológica de procesos anteriores, ofrecerá grandes resistencias y su mecanismo de acción será difícil de poder promover una planificación y diseño de autodeterminación. Diseño que ha de favorecer, desde el binomio tecnología-administración, una revisión de los «standards», que intentó formular ya la iniciativa privada en su período anterior. La política de vivienda a escala nacional es evidente que sólo la podrá abordar desde una tipología del «standard». Desde unos prototipos seriados, Normalización y Standarización, proceso originativo y productivo que entra de lleno en un campo de dudosos resultados, en lo que ha dado en llamar «El terrorismo anónimo del medio ambiente».

La empresa privada, los promotores y el capital financiero necesitan crear nuevas imágenes y promocionar nuevos mercados; erotismo, juventud, nuevas formas de familia, los «géneros de vida» tienden a ser sustituidos por «niveles de vida». Nuevas fórmulas de venta con un carácter aparentemente cooperativista, el lucro no aparece como dato, pero permanece como realidad, diseño

de gran énfasis sociológico, de aparente elocuencia formal, diseño que favorecerá una cierta imagen cancerizada del objeto-arquitectónico, a niveles urbanísticos que concibe el fragmento urbano como una macro-arquitectura ofreciendo un mixtificado control global, sólo aparente, de las necesidades de la vida cotidiana.

Las propuestas de opción de una economía liberadora, como parece destacarse de ciertos planos políticos, tendrá que enfrentarse con un «capitalismo centralista» de difícil desarraigo, el «absentismo capitalista» necesitará de nuevos y reales estímulos para su incorporación a promocionar sus intereses.

Sobre los rescoldos de una planificación centralista como la realidad en nuestro país, se hará necesario casi improvisar una planificación de «urgencia regional» para que los modelos de planificación indicativos —los llamados planes de desarrollo— puedan ofrecer una planificación más coherente y menos anárquica, pues el diseño realizado no ha sido nunca planificado. Las garantías crediticias, el liberalismo industrial-individualista, ha desarrollado un diseño y una planificación industrial, caótica y anárquica. Se acometió un problema tan complejo, con unos modelos fundamentalmente franceses, cuyas características teóricas y sus supuestos de actuación, estaban muy lejos de nuestra realidad social y económica. Se desarrolló un aparente diseño territorial, mediante la aplicación de esquemas urbanos. La infraestructura vicaria de las carreteras nacionales servían de redes de alimentación para las nuevas planificaciones industriales, vivienda e industria,

ha crecido en una promiscuidad verdaderamente alarmante (32).

La tipología formal que ha desarrollado estos modelos indicativos es tan caótica como la formulada por el turismo especulativo en nuestras costas; no ha existido ni siquiera una planificación efectiva de las inversiones. La experiencia que nos muestra las proporciones del liberalismo económico en nuestro país es elocuente. Ha sido totalmente incapaz de ofrecer unas soluciones mínimamente satisfactorias al problema de la construcción de viviendas, a la planificación de un turismo-habitacional, a una industria de incipientes recursos, ha dejado hipotecado nuestro paisaje urbano, regional y territorial con un chabolismo de altura, agresivo y disperso, tantas veces delictivo, en beneficio de unos intereses tan privados, que han utilizado el patrimonio del territorio nacional como coto cerrado de ese vasallaje lucrativo.

El Estado intentó reemplazar, en una competencia que nunca debió haber surgido, a la empresa privada, que fracasó, como respuesta a unos problemas que nunca tuvo intención de ofrecer soluciones. La política estatal en materia de urbanismo fue vacilante, con una doctrina poco coherente, y sus resultados han sido contradictorios (33). Cualquier opción de política urbanística, que quiera remediar el caos que la iniciativa privada ha favorecido, deberá acometerlo desde una

(32) Ver ampliación sobre este tema en nuestro trabajo «Diseño y Morfología en el Urbanismo Español». *Cuadernos para el Diálogo* (núm. extraordinario XIX, abril de 1970).

(33) Ver sobre teoría urbana: M. Solá Morales, «En defensa de la teoría urbana». *Cuadernos para el Diálogo*, *Op. cit.*

planificación económica, con todo el valor que una propuesta rigurosa lleva implícita, incluso el de la desamortización de la propiedad privada de la tierra, porque el estado moderno, si quiere subsistir, no podrá dejar de controlar esas «fuerzas equívocas» del liberalismo económico que garantizan a la propiedad privada los usos, abusos y funciones de la planificación del entorno.

En cuanto a la acción del Estado, que se enfrenta en la sociedad del capitalismo tardío con una cada vez mayor consciencia crítica desde la base y con una necesidad imperiosa de formular una praxis del proyecto, por el momento absorbido por los procesos de forma y contenido de la gran sociedad económica, no ofrece recursos válidos para poder contrarrestar los efectos de la sociedad de consumo. Frente a las demandas de la otra sociedad, la indiferencia social con que asume los problemas esenciales la incapacidad de una instrumentalización para ofrecer soluciones válidas es evidente. En su proceso de «Intervención» se hace cómplice de que los procesos revolucionarios los transforme en contrarrevolucionarios, las nuevas formas las transforma en contraformas, y los contenidos los reseña con unos parámetros universales, que intentan ofrecer validez para cualquier intervención.

Cada día se hace más necesario iniciar una teoría general de la «Praxis operativa del diseño» en su valoración más esencial del valor científico del proyecto.

En nuestro país resulta elocuente contrastar cómo una de las operaciones de diseño a gran escala realizadas en los últimos cincuenta años, por parte de la Administración, referidos a las nuevas universidades autónomas para Madrid, Barcelona y Bilbao. Es bastante aleccionador porque desentraña la crisis, la incapacidad de resolver un problema mal planteado por parte de la Administración y la incapacidad por parte de los diseñadores, arquitectos, urbanistas... por acercarse a estos temas e intentar desarrollar la llamada «Utopía Concreta».

El año 1969 será recogido por la crónica de la cultura arquitectónico-urbanística en nuestro país como uno de los períodos más ilustrativos de la contradicción básica que existe, entre los supuestos de una estructura socio-política determinada y las demandas de un diseño, para crear la imagen de sus cometidos culturales.

La lucha por configurar un determinado entorno de la realidad viene canalizada en nuestros días por una sorda batalla de imágenes a nivel conceptual y formal, muchas de ellas formuladas desde la plataforma de una tipología apriorística, que hace operar platónicamente en un diseño, desarraigado de una realidad compleja y diversa y cuya fórmula mágica parece descansar en un cierto «pragmatismo-tecnocrático», piedra filosofal de los actuales sistemas «socio-económicos».

La dificultad de clasificar problemas, como lo es de hecho los programas que tratan de codificar una entidad universitaria, hace que las pro-

puestas de soluciones que afronta el arquitecto desde sus esquemas de configuración formal, sea en el origen un problema mal definido DEMANDAS FORMALES DEL MECANISMO ADMINISTRATIVO.

Es un hecho corroborado que los instrumentos y canales por los que la «ideología vigente» trata de configurar un determinado tipo de imágenes es el mecanismo administrativo, montado en nuestros sistemas actuales sobre plataformas tecnocráticas. (La programación lineal, el análisis de sistemas, la teoría de decisiones... son tratados de innovación y formulación política), pero en nuestro país la actuación conjunta resulta prácticamente imposible.

Y este grado de incapacidad por obtener unos resultados homogéneos se ha puesto en evidencia en el resultado de estos concursos. A muy pocos meses de la publicación del Libro Blanco de la Enseñanza en España, publicación redactada en un lenguaje más actualizado, y que, a juzgar por el énfasis de su redacción, requería unos modelos formales estructurales de idéntico cometido.

FUNCIONES DE URGENCIA

Los arquitectos aún no se atreven a aceptar en todo su rigor un axioma recogido hace algún tiempo por los analistas de la sociedad postindustrial, y es «que una gran parte de los temas culturales a los que da valor nuestra civilización no tienen su origen en la actividad profesional, sino en los productos de esta actividad». Tratar de ofrecer un

diseño desde unos supuestos estrictamente profesionales, es seguir acotando y restringiendo las posibilidades de acción que el diseño ofrece como concepción más generalizadora, marginando la conquista de las fuentes de decisión, único reducto viable para poder formular un diseño integral.

Los mecanismos ideológicos de programación universitaria que hoy día se nos ofrecen en expectativa, tanto en países en vías de desarrollo, como lo es España, o de aquellos otros que se inscriben en las cotas de post-industrialismo, suelen venir atacados de un principio generalizador común, el de una sistemática «degradación de los conocimientos». Los procesos de decisión en la cumbre marcan qué niveles son los válidos para favorecer una determinada industria cultural, la capacidad de creación es reemplazada por el producto, el diseño es más requerido por su valor de cambio que de uso, y un proletariado pseudoculturizado, necesita ser instruido en los conocimientos codificados por la ideología producción-consumo. Las corrientes demográficas de la infracultura se trasladan a los focos de ilustración; estas corrientes crean unas áreas de influencia, originando la crisis del habitat universitario. La Universidad aún sigue entendiéndose como ghetto y sus enseñanzas como privilegio, el tejido urbano segrega sus zonas aristocráticas para el saber, y la Universidad como un «sistema de servicio» a la cultura urbana, aún no ha sido planteado.

Las funciones de urgencia y los programas dirigidos tratan de absorber estas fuerzas de presión que provocan las corrientes de la demografía universitaria, y los organismos públicos encarga-

dos de estructurar la demanda no buscan una concepción del habitat, sino una estrategia del urbanismo de urgencia. Una política del alojamiento que puede encuadrarse en modelos lo suficientemente abstractos, cuando más ambiguos sean sus prolegómenos formales mayor facilidad tendrá para poder albergar las improvisadas estructuras corporativas, encargadas de regular e impartir los conocimientos que requiere la nueva empresa cultural. Es bajo esta óptica como entendemos se puede comprender la programación de estos concursos, su desarrollo y su desenlace.

MODELOS PROPUESTOS

Dos modelos diferentes destacan en la selección de los trabajos presentados. A) Propuestas en el tejido universitario, se concibe como una MACRO-ARQUITECTURA, proceso actual donde la dialéctica arquitectura-urbanismo cobra su máximo acento. B) Propuestas donde el proceso planificador se concibe como un SISTEMA DE FORMAS. Aparece un tercer modelo que concibe la Universidad como CENTRO DE INFORMACION en algunas de sus variantes, describe el modelo de una forma tímida, pues la forma de la Universidad se intuye, como un sistema abierto, realizando un diseño de aquellos aspectos estructurales básicos (34).

Los equipos más jóvenes presentan soluciones

(34) Para una ilustración más completa ver *Nueva Forma*, núm. 48, 1970, y núm. 44, 1969.

encuadradas en propuestas a nivel cibernético, muy dentro de espíritu de cierto sector de vanguardia de la Escuela de Madrid, que intenta resolver estos modelos mediante sistemas de análisis de funciones, cometido que resulta ambicioso en sus enunciados, pero poco operativo aún en el conocimiento de los métodos operativos, propuestas más aceptables por su novedad simbólica que por los resultados de su novedad comunicativa.

El utopismo megaestructuralista no ha estado ausente en algunas propuestas, su lengua de un gran expresionismo-tecnológico y el estado de decisión formal que engloba y fosiliza de entrada el verdadero proceso de diseño.

Su resultado no podría definir mejor la crisis, la contradicción entre unos mecanismos de instrumentalización completa, como son los que pueden ofrecer la administración, incapaces por otro lado de poder absorber unas propuestas culturales «élites», que se encuentran marginadas de la realidad operativa, de su dimensión auténtica político-económica. Los contratos de libre iniciativa, la respuesta del arquitecto o grupos de equipo, no puede y de hecho no responde a una demanda ni siquiera planteada desde los supuestos administrativos y por lo tanto su diseño debe pasar aquellos complejos de gran empresa, como lo es en estos casos, los grupos de presión de la construcción, entidades que técnica y económicamente pueden ofrecer las propuestas de diseño y su realización, la opción política queda liberada por este tipo de contratación.

Nuestro país vive una organización capitalista

improvisada, con una indocumentada toma de contacto con la gran sociedad industrial, programada en sus niveles económicos por otra «élite» tan abstracta y con unos ritos, a veces tan provocativos, como lo han sido las minorías del mundo del diseño, fundamentalmente los arquitectos y urbanistas. Esta sociedad no desea ni requiere del proyecto, lo improvisa o lo importa y no pocas veces lo justifica para suplir otra serie de intereses.

En términos generales sólo nos queda preguntarnos: ¿Acaso es posible proyectar y diseñar para una sociedad como la que vive el mundo de nuestros días tan llena de contradicciones, donde la violencia y la represión son protagonistas de las historias más despreciables? ¿Es posible diseñar y proyectar para una sociedad con una economía típica de mercado?